

POSA EN BADAJOZ LA REINA MADRE DE PORTUGAL DOÑA MARIANA VIC- TORIA, VIUDA DE JOSÉ I

No pocas de las aficiones bélicas del primer monarca de la dinastía borbónica pasaron, en hora menguada, a las arcas patrimoniales de su hijo Carlos III. Desdeñó éste los mansos quehaceres de su hermano, el melancólico Fernando VI, prefiriendo la desafortunada aventura de la estipulación del llamado «Pacto de Familia», en virtud del cual encadenó la suerte de nuestra Patria, ansiosa de sosiego y paz, al ronco galopar de los corceles guerreros de la inquieta Francia, siempre enemiga y recelosa de la pujanza y engrandecimiento hispano, y de la supremacía que en ambos continentes ansiaba consolidar su vecina, la Gran Bretaña. En la guerra declarada por ésta en 1762 a ambas aliadas, fué muy traída y llevada la colonia del Sacramento, a orillas del Plata, tomada al fin en nombre de España en junio de 1777 por el virrey Ceballos. Cansados de esta lucha que empobrecía y desangraba a los dos pueblos ibéricos—ya tardíamente convencidos de la astuta y pérfida pseudoamistad francesa—, se inician por las Cancillerías luso-hispanas proposiciones de paz, que no ve del todo formalizadas José I—por su fallecimiento—. Sucédele en el trono portugués su hija María—casada con su tío el Infante don Pedro—a

quien movía el mismo pacífico anhelo que abrigara su padre, y es entonces, por octubre de 1777, cuando para afianzar aquel tratado preliminar que se firmó en San Ildefonso y perfeccionarlo con otro de amistad, garantía y comercio, se mueve desde Villaviciosa y viene a España, pasando por Badajoz, doña Mariana Victoria, Reina madre Fidelísima, viuda de José I, Infanta de España, hermana de Carlos III, Rey católico de la católica España.

Calcule el lector lo que este suceso alborotaría la ancha paz y la monótona existencia de nuestra humilde ciudad. Arcos que se levantan, calles que se aderezan, tropas que se movilizan, rancios palacios que se requisan; entradas y salidas de señorones de empolvada peluca y rameada casaca; embajadores, aposentadores, mayordomos; guardías de corps, suizos, escuadrones y regimientos; coches, galeras y calesas. Tantas y en tal número que no hubo albergue para todas ellas, y no pocas pasaron varias noches a la intemperie en medio de las calles.

A todo este alboroto supera el ajeteo desenvuelto en la casa hidalga de los Condes de la Roca, situada en la plazuela de la Soledad. ¡Como que había sido designada nada menos que de Palacio Real, donde había de parar S. M. Fidelísima! ¡Cuánto movimiento y qué primor de paños, tapices de Corte, alfombras, cornucopias en las cámaras y cuadras del piso alto que habían de ser ocupadas por la Reina! ¿Y qué decir de la bizarría con que sesenta hombres fornidos acometían, descuartizando en la cocina terneras, vacas y carneros, y que aún tenían tiempo y coraje para emprenderla a cintarazos con pollos, gallinas y capones?

Pero acaso fuera más razonable abandonar las ajenas plumas, con que parece quiero ataviarme, y escuchar lo que vió y detalladamente escribió un testigo presencial de este notabilísimo acontecimiento, el señor don Leonardo Hernández de Tolosa, presbítero, Sacristán mayor de esta Catedral. Ganará

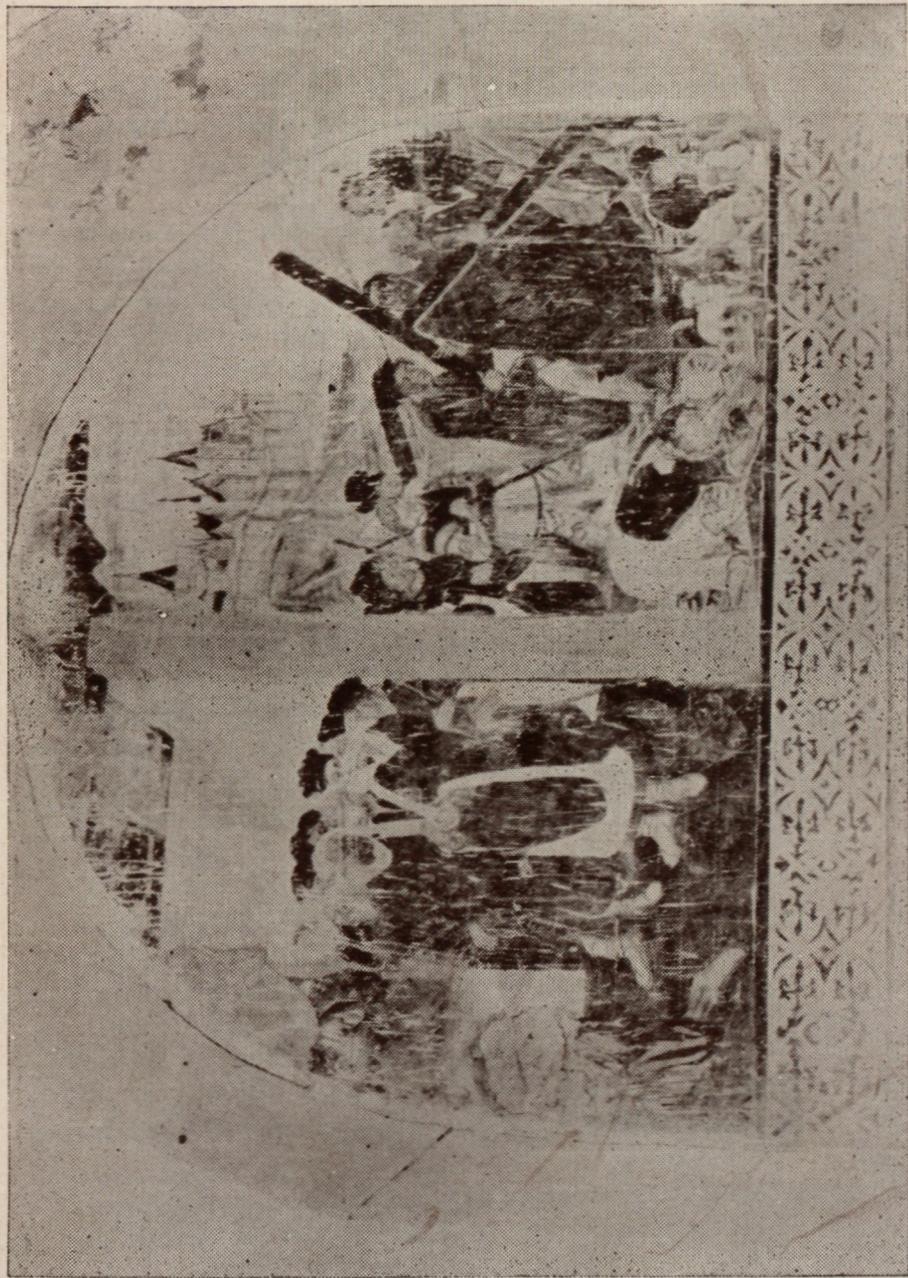


Fig. 1.^a—Nuestra Señora del Salor (Cáceres). Pintura mural. Camino del Calvario.

Fot. Martín Gil.

con ello la narración más viveza y verosimilitud, más pujanza y envergadura histórica. «*Demissa per aurem—decía Horacio—segnius irritant animos quam quae sunt subjecta oculis fidelibus.*»

Oigamos, por tanto, lo que escribe el curioso y benemérito don Leonardo (1): «Habiendo solicitado Mariana Victoria el pasar a Madrid a ver a su hermano Carlos III y conseguido su permiso, con consentimiento de aquella Corte expidió Real Orden a esta ciudad para que le hiciesen los mismos honores que a su misma Real Persona. Luego al punto se dieron las más eficaces providencias a fin de componer y allanar los caminos tocantes a esta provincia de Extremadura, remitiendo operarios de esta ciudad, quedando en ella los necesarios para componer la puente y empedrar las calles por donde había de entrar y salir, como asimismo las dos puertas de Palma y Trinidad con sus entradas y salidas, blanqueándolas, luciéndolas y aseándolas con mucho primor, aseo y costo.»

«En la tarde del día 14 de octubre entraron en esta ciudad tres Exemptos de guardias (2) que vienen a dar las providencias necesarias para el acomodo de la gente que se espera. Uno lo llevó para su casa don Juan Caldera, otro don Manuel de la Laguna, y otro don Bartolomé Bonilla, todos regidores de esta ciudad.»

«En el día 17 de dicho mes, como a cosa de las nueve de la mañana entraron en esta ciudad cuarenta y cinco guardias de corps, quedando también apostados otros en Trujillo y en Talavera de la Reina, esperando el tránsito de la Reina; y de esta ciudad han salido compañías del regimiento de Extremadura a la ciudad de Mérida, Trujillo y Sarricejo para recibir la Reina. A los guardias de corps los alojaron, menos algunos que los llevaron varios conocidos para sus casas.»

(1) Modernizamos la ortografía y la puntuación.

(2) Oficiales superiores de guardias de corps.

«El Cabildo mandó colgar la Iglesia para tenerla con lucimiento, no tanto por el gentío que ha de venir, si también por si acaso quiere la Reina el pasar a hacer oración al Santísimo Sacramento.»

«En la tarde del día 20 de octubre entraron en esta ciudad los suizos que estaban de guarnición en la villa y plaza de Alburquerque, los que han mandado venir para el recibimiento de la Reina, por haber salido de esta dicha ciudad varios piquetes de los regimientos de Extremadura y del Inmemorial del Rey, que están de guarnición en esta plaza.»

«En esta misma tarde entró en esta ciudad un alcalde de Corte a dar las providencias correspondientes a los comestibles, fixando un papel impreso poniéndolos precios a todo género de carnes, vino, aceite, tocino, jamón; y publicándose libre de todos derechos, lo que entrase desde hoy hasta el 28, día en que ya la Reina se habrá retirado de esta dicha ciudad. Dicho alcalde de Corte se lo llevó don Pedro Laguna a su casa.»

«Asimismo en la tarde de este mismo día entró el Aposentador que viene a dar las providencias correspondientes para todo lo conducente al acomodo tanto de la Reina cuanto de toda la Grandeza que se espera llegar, tanto de España como de Portugal, pues de acá solamente, se dice, vienen de Madrid más de 2.200 personas para el servicio y acompañamiento de S. M.»

«El día 22 de este mismo mes, este Ilustrísimo Cabildo acordó que para la venida de esta Reina viuda, se iluminase la torre de la Catedral y que los Prebendados pusiesen en sus casas hachas de cera blanca, y los medio racioneros velas de a libra. Todo lo demás que haga este Ilustrísimo Cabildo se anotará conforme suceda en su respectivo lugar.»

«La casa de la Condesa de la Roca, en la plazuela de la Soledad, fué la elegida por el Aposentador para que hiciese en ella mansión la Reina durante su estancia en esta ciudad; en

ella señaló éste cuarto para la Reina, cuarto para la camarista, y para toda la Familia que deseará estar con S. M. en su compañía, según la práctica que haya en estas ocasiones.»

«En este mismo día a las once y media entró en esta ciudad el regimiento de caballería de Calatrava, que estaba en esta provincia. Trae muy lucida gente y caballos, y todo muy aseado; gran timbarilero, cuatro trompetas, uniforme nuevo, de forma que es una maravilla el ver a los dos escuadrones, cada uno con su bandera muy bordada en oro y plata, y lo mismo las fundas de los tímboles. Vienen para el recibimiento de la Reina con el mayor lucimiento.»

«En la tarde de este propio día entró el excelentísimo señor Duque de Baños, grande de España. Este fué en casa del Conde de Torre del Fresno; y asimismo toda la comitiva que viene de la Corte, de forma que coches, calesas y galeras que han entrado no caben en toda esta ciudad, y para su debido acomodo ha sido todo una confusión, no obstante las providencias correspondientes que para ello se han dado por la Ciudad, las que no fueron bastantes para dejar de quedarse muchos coches y galeras por las calles, plazas y parajes desocupados hasta el siguiente día, que se procuró buscar acomodo para todo, y para las mulas, caballos y caballerías, que muchas de ellas se quedaron en las calles esta noche.»

«En esta misma noche entró el Marqués de Almodóvar, embajador de España que estaba en Lisboa, que se adelantó para la venida de la Reina. Este está en la casa de don Juan de Morales. Al pasar por la ciudad de Yelves, del reino de Portugal, le dispararon la artillería. Acá no, por haber entrado de noche y no ser estilo, según ordenanza del Reino.»

«En casa de don Rodrigo Ayala, regidor, se ha puesto la cocina de Estado, que es uno de los mayores ruidos que ha de haber, pues en ella comía toda la gente de Estado. Y asimismo se ha mandado por providencia judicial que desde esta noche del día 23 se pongan en las ventanas faroles y luces

para que se pueda ver el gentío que ande por las calles sin que sucedan desgracias por el temporal de lluvia que a la sazón hay.»

«Día 24 de dicho mes de octubre salió de esta ciudad para Villaviciosa el excelentísimo señor Duque de Baños a cumplimentar a la Reina como enviado de nuestro católico Rey para recibir sus reales órdenes y disposiciones para su entrada, pues han venido hasta dicha Villaviciosa los Reyes y Familia Real de Portugal acompañando a la Reina madre viuda; para cuyo fin se anticipó a salir de esta ciudad para dicha Villaviciosa el Marqués de Almodóvar, embajador de España, para dar a conocer a los Reyes con los poderes todos de Mayordomo mayor y como quien viene representando la Real Persona. A las dos de la tarde de dicho día fué la salida de los dos que van juntos y no separados (como antes dije) van a hacer noche a la ciudad de Yelves. A la salida de esta ciudad hizo salva la artillería toda de la muralla, que se halla montada y prevenida para la entrada de la Reina.»

«Nota.—Aunque se dijo que la cocina de Estado estaba en la casa de don Rodrigo de Ayala, estaba solamente en ésta la mesa, que la cocina estaba en el corralón del Palacio Real, casa del Conde de la Roca, desde donde se repartía tanto la comida a la mesa de Estado cuanto para todos los familiares que de ella pendían.»

«La sala alta del Conde de la Roca fué la que se preparó para la Reina. Esta toda se preparó con muy ricos paños de Corte, alfombras, cornucopias, cortinas de damasco verde con ricos galones de oro y en la testera una silla grande con funda y cojines hermanos de las cortinas. En otra pieza más adentro otra mesa para comer la Reina con dos sobremesas del mismo damasco y guarnición con otra silla y cojines preparada, con sus paños de Corte y alfombras muy ricas. En otra pieza más dentro estaba preparada la cama para S. M. muy ricamente adornada, colgada de damasco verde, con un cobertor de lo

mismo todo por medio laboreado de galón de oro, con sus colchones de damasco de la misma color, paños de Corte y alfombras primorosas, con su silla y cojines a la misma cabecera, todo hermano y uniforme. En la pieza más adentro estaba preparada con los recados precisos y naturales, todos cubiertos con fundas de dicho damasco y galón. Todo este adorno y aparato ha venido de Madrid, quedando prevenido otro igual a éste en todos los pueblos en donde ha de descansar la Reina en toda su carrera.»

«Querer ponderar el aparato de cocina y mesa de Estado no es fácil. Baste decir que en aquélla se hallan más de sesenta hombres empleados cada uno en sus ministerios. De todos los lugares han venido a vender todo género de aves, pues son tantas las necesarias cada día que unos no hacen más oficio que matar, otros que pelar, otros que componer, y otros que asar carneros, cuatro de cada vez y en cada una de las lumbres. El gasto diario de vaca, ternera y carnero pasa de tres mil, cuatro mil y cinco mil reales vellón. ¡Qué no admira ver la mesa de Estado tan pertrechada de todo, especialmente de plata, que no se ve en ella cosa de otra especie! Parece que nuestro Rey ha echado el resto de todo su gran poder acreditando el gran afecto que profesa a la Reina su hermana. Respecto de los grandes y crecidos gastos como los presentes, pues hay quien asegura ascenderá a cuatro millones, y otros a mucho más.»

«En la mañana del día 25 de dicho mes de octubre, salieron de esta ciudad doce guardias de corps para Miajadas a esperar allí la Reina; y al siguiente día otros con el mismo fin para apostarse en Lobón, Mérida y otros parajes antes de llegar a Miajadas.»

«A la una y media de la tarde del día 26 de octubre volvió a esta ciudad el excelentísimo señor Conde de Baños, que viene de Villaviciosa. Dispararon la artillería al entrar. Trajo la noticia de que en el día de mañana, a las cinco de la tarde,

entraría en esta dicha ciudad S. M. Vino también el Marqués de Almodóvar, embajador de España cerca del Rey de Portugal.»

«Nota.—Preparóse para la entrada de la Reina la puerta de las Palmas, muy lucidamente adornada con cornucopias y tafetanes listados y en el medio un retrato de la Reina y encima de la puerta un tablado muy grande en donde se ha de poner una gran música de todos instrumentos que han de estar tocando a la entrada de S. M. Se construyeron dos arcos triunfales, uno en las esquinas de Santa Lucía, para la entrada; otro, para la salida, en el campo de San Andrés, en la casa de Amancio. Estos fueron ejecutados a costa de los gremios: el primero, al de los mercaderes; el segundo, al de todos los demás, sin excepción ninguna como fuese gremio. Estas tres noches que han pasado, ha estado la ciudad muy alegre, tanto por la claridad de faroles y luces que había en las casas, cuanto por el gentío que en ella hay de gente forastera que ha venido a ver esta función.»

«En el día de 27 de octubre amaneció toda la gente de gala, tanto la Corte cuanto la ciudad y paisanaje. A las once del día salieron doce guardias de corps y un Exempto al río Caya a esperar la Reina para venir en su custodia.»

«La mesa de Estado en este día se principió a las doce en punto. Asistieron a ella el Conde de Baños, Marqués de Almodóvar, Marqués de Camarena y toda su familia, el Conde de Cheles con la suya, y toda la demás Grandeza de esta ciudad, pues había convite general para todos. A las doce de este día salieron las retretas del campo de San Juan anunciando que los regimientos de Extremadura, del Rey, los Suizos, Inválidos y Calatrava de caballería habían de estar todos preparados para a las tres de la tarde tomar las armas.»

«En efecto, a esta misma, el regimiento del Rey se formó en dos filas, desde el Palacio Real hasta el convento de Santa Ana en que tenían las monjas muy colgado todo el convento

por lo exterior y en el medio una gran capilla ricamente adornada y en ella el retrato de nuestro católico Monarca Carlos III, con sus hachas de cera que lo alumbraban. Seguía-se después la tropa urbana compuesta de los vecinos y compañías de esta ciudad que cogían en el medio el arco triunfal que se había construído junto a Santa Lucía, teniendo este convento también colgado por fuera. Seguía-se después el regimiento de Extremadura que llegaba hasta la puerta de las Palmas en donde estaban de guardia los suizos, y del lado de afuera, en el patio, había un tablado donde estaba la música de nuestra Santa Catedral Iglesia tocando primorosamente.»

«A la cabeza del puente al lado de afuera estaban los dos escuadrones de caballería de Calatrava en dos filas, con espada en mano, con sus timbales y trompetas para recibir a la Reina que hizo la entrada siguiente:»

«En la tarde de este día salieron a Caya el Ilustrísimo señor don Manuel Pérez Minayo, Obispo de esta ciudad, el excelentísimo señor Marqués de Camarena, Capitán general de esta provincia, el excelentísimo señor Conde de Baños, el Marqués de Almodóvar, la Condesa de la Roca y las primeras personas del pueblo, además de un gran gentío que a caballo y a pie también fueron. Llegó la Reina a Caya con los Reyes y Infantes de Portugal, en donde se despidió tiernamente de ellos, abrazándolos con mucho amor y cariño, volviéndose ellos a su Reino y recibiendo los nuestros a la Reina, cumplimentándola las primeras personas y caminando para esta ciudad. Y estando ya en las inmediaciones de ella, principió la artillería del fuerte de San Cristóbal y la de esta ciudad con su triple salva a elogiar a S. M., que entró en ella a las cuatro de la tarde con muchos vivas y regocijo del pueblo. Venía sola en su carroza o coche con dos solas mulas y S. M. enlutada, como viuda que es. Los guardias de corps en su compañía. Detrás venía Su Ilustrísima en su coche y el Marqués de Camarena a caballo. Después toda la familia de la Reina, que se componía

de veinticuatro mujeres de primera, segunda y tercera clase. Los hombres que de familia traía, por la confusión de tantos, no se podían numerar. Sólo de equipaje de Casa Real venían cincuenta y dos carros llenos, de dos mulas cada uno, con muchos caballos de perspectiva ricamente enjaezados. Pasó la carroza referida hasta llegar a su Palacio Real. A poco tiempo se sentó a un balcón con el Conde de Baños, en donde satisfizo al pueblo la gana que de verla tenía. Luego al punto los dos comisarios de Ciudad, don Pedro de Silva Pantoja y don Miguel de Frías, y los dos de Cabildo, don Francisco Cerezo Minayo, Chantre y Provisor, y don Juan Minayo, Maestrescuela, pasaron a cumplimentar a S. M. cada uno por su respectivo Cabildo.»

«No parecía noche la de este día, pues las luces que por todas las torres, casas grandes y pequeñas con las hachas iluminaban, haciendo de la noche día. Los repiques de campanas alegraban al pueblo brotando por todas partes gozo y contento. En el campo de San Juan y Casas Consistoriales estaban colgadas en ellas el retrato de nuestro Rey, a quien alumbraban seis hachas de cera. Toda la fachada llena de otras tantas o más. El repique de campanas, tanto en nuestra Santa Catedral Iglesia como en los demás conventos, principió a las oraciones y duró hasta las nueve de la noche. La mayor parte de la iluminación a la mañana, mayormente las hachas tanto de cera como de aceite y de contraviento, que había muchas.»

«En la Casa Real se puso una compañía de guardia del regimiento Inmemorial del Rey con capitán, teniente y alférez con bandera; y en lo interior de Palacio doce guardias de corps, don Francisco Chapín, Exempto graduado de Teniente coronel y un cadete también de guardias, que son a los que incumbe la custodia de la Persona Real.»

«Día 28 de octubre, en que fueron los Santos Apóstoles San Simón y San Judas, oyó misa en su casa la Reina y toda su familia; y a las siete de la mañana estaba la tropa sobre las

armas, adornando la carrera en dos filas: desde el Palacio venía el regimiento del Rey por la calle del Granado hasta el campo de San Juan. En éste estaba la tropa urbana; luego seguía el regimiento de Extremadura, calle de San Blas, campo de San Andrés, calle de la Trinidad hasta la puerta. Luego fuera de ésta estaban los dos escuadrones de caballería de Calatrava en dos filas, espada en mano, con sus timbales y trompetas.»

«A las ocho de la mañana salió S. M. de esta ciudad en su calesita o coche, con su camarera mayor. Toda la demás familia iba en los coches que envió nuestro Rey, y de perspectiva el que venía para S. M. Al llegar al campo de San Juan empezaron a repicar las campanas y la artillería mucho antes de salir de su casa. El Marqués de Camarena salió a caballo, y antes el Conde de la Roca, que dicen va a Mérida en donde ha de hacer noche este día la Reina.»

«Nota.—La noche que estuvo y durmió en esta ciudad Su Majestad, estuvo la música de la Santa Iglesia divirtiéndose en la plazuela de la Soledad por disposición de la Ciudad. El Conde de Baños, dicen, hizo en Portugal unos grandes regalos muy propios de su gran persona, que han dejado muy admirados a los portugueses. La Reina madre de Portugal envió antes de venir unos cuantos venados que había muerto en su coto de Villaviciosa; los que se repartieron a la tropa.»

«A cuatro compañías del regimiento del Rey que se pusieron de guardia en la Casa Real les dieron diez carneros y dos cerdos para que cenase la tropa aquella noche.»

«A la puerta de la Trinidad para la salida se puso también la capilla de música de la Catedral. El General y el Marqués de Almodóvar se volvieron a las nueve de la mañana y en este día hay también mesa de Estado para toda la Grandeza de Portugal que vino acompañando a la Reina. También aseguran que la Reina dió a las cuatro compañías que estuvieron de guardia en Palacio (además de lo que ya se dijo), seis mil

reales de vellón; pero esto necesita de más confirmación.»

«Al siguiente día 29 del dicho mes a las ocho de la mañana, se retiró a Portugal el embajador de España, Marqués de Almodóvar (1). Al salir de esta ciudad le dispararon la artillería. Honores que como a tal embajador le pertenecen. Lo mismo hicieron cuando entró en la de Yelves. Muchos de los hidalgos portugueses estuvieron hasta hoy en esta ciudad.»

* * *

En lo anteriormente escrito apreciará el lector el singular espíritu observador, infantil y detallista del señor Hernández de Tolosa. Las escenas que pinta, por su misma persona golosamente vividas, encienden un interés gigante. Podrá acaso el estilo ser tachado por algún exigente de enteco y desvaído, pero la narración histórica que hace se nos antoja, por su opulencia local, una verdadera floresta en plena primavera en donde pueden con holgura posar sus vuelos las inquietas, ágiles y voraces abejas de nuestra curiosidad. Benditas e insaciables abejas que sempiternamente pugnan por alzar el velo a todas las esfinges y recovecos del pasado.

EL LIC. PERO PÉREZ.

(1) Fecido el tiempo de su Embajada, volvió a Badajoz el 26 de abril de 1778, de paso para Madrid. Le sucedió en su cargo el Conde de Fernán Núñez, que también pernoctó en Badajoz el 9 de octubre, en casa del Marqués de Camarena. Se hallaba recién casado con la primogénita de los Quiñones y Silvas, que residían en Cáceres. «Muy niña y hermosa» dice el cronista.